

HOMILÍA.

LA ALEGRÍA POR EL TRIUNFO DE JESUCRISTO EN JERUSALEN NO DEBE HACERNOS OLVIDAR LA MUERTE QUE SUFRIÓ Á POCOS DIAS.

PARA LA DOMINICA DE RAMOS (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Dicite filia Sion: ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sion: hé aquí tu rey viene manso para ti.

S. Mateo, c. 21. v. 5.

Este es el dia, en que da principio el solemne recuerdo de los misterios mas tristes y melancólicos, que tan amargamente lamenta el profeta Jeremías; y no obstante esto la Iglesia, que para preparar mejor á sus hijos á la celebracion de estos misterios, quiere que se entreguen á un llanto copioso y amargo en todo el tiempo de cuaresma, y ordena á sus ministros que les den con sus lágrimas un ejemplo edificante; esta misma cariñosa madre no solo suspende en este dia todas las demostraciones del dolor y la tristeza, sino que convida á todos á participar de su inmenso regocijo. Esto parece tanto mas extraño cuanto que el motivo que nos propone para inspirarnos este regocijo, deberia excitar con mas poderosa razon á una profunda tristeza, á un llanto inconsolable. Es verdad que hoy se pre-

(1) Dos sermones para este dia se hallan en el tomo cuarto de los de *Mision*, el uno en la pág. 156 sobre la eucaristia, y el otro en la 178 sobre el enorme delito de las comuniones indignas.

senta en medio de las mas festivas aclamaciones el Rey mas justo y poderoso, el Rey mas amable de los reyes, ostentando por su numerosa, lucida y entusiasmada comitiva las señales de un célebre y glorioso triunfo; pero este pueblo que de tal manera le honra, ¿no es la ciudad de Jerusalem? no es la ciudad deificada? ¿esa misma ciudad, en que hace pocos dias se ha decretado irrevocablemente su muerte? esa misma ciudad, en la que se le busca con la mas exquisita diligencia, para asegurarle y hacerle sufrir una sentencia tan inhumana? ¿esa misma ciudad, en que realmente ha de morir dentro de cinco dias?

Si los hebreos, oprimidos con una cruel esclavitud, hubieran conocido que Moises se presentaba en la corte de Faraon por mision divina, hubieran experimentado un consuelo inexplicable, y entregádose á las demostraciones mas públicas y expresivas de su regocijo, si la falta de libertad no se lo impidiera, celebrando la entrada de su libertador, bendiciendo con humilde reconocimiento al Señor que se dignaba enviarle, y tributando mil elogios al enviado, que con tan heroica firmeza arrojaba los grandes peligros á que le exponia aquella empresa, cuyo objeto era poner fin á sus trabajos y conducirlos á la posesion de la tierra prometida. Nosotros que sabemos con certeza que el Rey que hoy entra triunfante en Jerusalem, viene precisamente para nosotros, para sacarnos de la esclavitud de Satanás, ¿cómo podremos ocultar nuestro regocijo, aunque preveamos su muerte, si no podemos dudar que nuestra salvacion pende de este sacrificio?

Esta es, señores, la causa de excitarnos hoy la Iglesia santa á la satisfaccion y al júbilo; y por esto mismo os exhortaré yo tambien á que, sin olvidar el sacrificio de la cruz, celebréis el misterio de este dia. Para poder hacerlo con acierto, y con la brevedad que exigen las circunstancias, pidamos al Señor los auxilios de su gracia soberana por la intercesion de su bendita Madre. *Ave Maria.*

Tal era la admiracion que ocasionó á las turbas la vista del poder, de la sabiduría y bondad de Jesus Nazareno, que estaban decididas á aclamarle públicamente por su rey; pero este amable redentor, movido de aquella humildad sublime que tanto procuraba inspirar á su pueblo, se ocultó á su vista por

una especie de milagro, para impedir lo que hubiera sido muy difícil permaneciendo en su compañía. Este notable acontecimiento tuvo lugar hace muy pocos días; y á pesar de eso hoy se presenta él mismo sin que nadie le busque ni solicite al efecto; él mismo por un movimiento propio de su voluntad se presenta en Jerusalem de un modo no acostumbrado, con el fin de recibir los aplausos y aclamaciones de todos sus habitantes y de las mismas turbas, cuyos obsequios acababa de despreciar; él mismo se presenta á propósito para llamarse la atención universal.

Si se trata de averiguar la causa de esta conducta, tan contradictoria al parecer; luego se ofrecen á la imaginación otras circunstancias no ménos extrañas. Sin contar con nadie, ordena á dos de sus discípulos que se adelanten y conduzcan á su presencia dos jumentos, madre é hijo, que se hallaban á muy poca distancia, diciendo, por desvanecer cualquier temor ó recelo que pudiera ocurrirles, que su dueño no opondría la menor resistencia, apenas le hicieran entender que los necesitaba; lo que sucedió con efecto. Los discípulos, sin reparar tal vez en esta especie de prodigio, colocan sus vestiduras sobre las bestias, para que les sirvieran de adorno, y de comodidad á su maestro, y haciendo subir á este en una de ellas, se dirigen á Jerusalem, en cuya ciudad los esperaba un espectáculo verdaderamente raro. Una prodigiosa multitud de pueblo, hombres y mujeres, ancianos y niños, salen á recibirle con las demostraciones del mas completo regocijo; tienden por el suelo sus vestidos para que le sirvan de alfombras; adornan el paso con ramos de árboles, y llevando todos en las manos otros ramos de olivas y de palmas, le acompañan entusiasmados, celebran su entrada triunfante en la ciudad, cuyos principales habitantes tanto se afanaban por ver humillado y abatido, por quitar del medio al amantísimo Jesus; y creyendo llegada la ocasión que ántes habian perdido, le aclaman por su rey verdadero con las voces mas expresivas, le colman de bendiciones como á un rey extraordinario, como á un rey superior á todos los reyes, como á un rey que les ha enviado de lo mas alto de los cielos el Padre celestial.

Qué escenas tan maravillosas é inesperadas! ¿Quién es capaz de descubrir la causa, y mucho ménos de comprender esto mismo que se está viendo? ¿Lo creéis, lo comprendéis vosotros,

obstinados pontífices, orgullosos fariseos? Decídnos, ¿quién os impide ejecutar ahora la sentencia cruel que contra ese inocentísimo cordero habéis ya fulminado? ¿Cómo no aseguráis al supuesto reo, á ese pretendido delincuente, á quien habéis perseguido con tan enconado furor, denunciándole públicamente como perturbador del orden? ¿En qué consiste que dejáis en libertad á ese Nazareno, en cuya muerte creéis cifrarse la tranquilidad y la dicha de toda la nación? Será tal vez por temor de la plebe? No, ciertamente, porque concluidas las aclamaciones, despues de haber cesado el aparato y retirádose la multitud que le rodeaba al entrar en la ciudad, permanece allí cinco días sin ocultarse de vosotros, y celebrando la Pascua con sus discípulos, sin que nadie le oponga la menor resistencia; y si se retiró al huerto de las olivas, fué por su gusto y sin el menor disimulo. Qué es pues lo que os detiene? Ciegos! ¿qué no lleguéis á descubrir una fuerza superior que se opone á vuestros infernales proyectos! Abríd esos ojos cerrados por desgracia á la evidencia, y experimentaréis el poder irresistible de su voluntad, palparéis su omnipotencia, conoceréis su divinidad. Volvéd sobre vosotros mismos; comparád vuestro proceder con vuestros sentimientos y no podréis ménos de quedar convencidos. Vuestro odio contra él en nada se ha disminuído; vuestro furor recibe cada dia un aumento considerable; de ningun modo desistís del impío proyecto de hacerle morir en una cruz, y á pesar de eso no os sentís con fuerzas suficientes para ejecutarlo; vuestras manos se hallan atadas al querer prenderle; vuestros piés quedan inmóviles al tratar de acercaros... Confesád, miserables, lo que ya no podéis desconocer; confesád que todo es efecto de su divina omnipotencia. Reconocéd el dominio que como á criador universal le compete, como lo reconoció sin duda el dueño de los jumentos, al decirle que él los necesitaba. Reconocédlo y confesádlo de buena fe. Qué! ¿será tan extremada vuestra ceguedad, que no os deje ver realizada en el triunfo del Nazareno la figura misteriosa, con que en la fiesta de los tabernáculos se celebraba todos los años por orden de Dios la grata memoria de uno de los mas señalados beneficios que habia dispensado á su pueblo, de la libertad que le proporcionó por Moises?

Esta obcecación, señores, no puede ménos de sorprenderme, porque no solo era idéntica la figura, sino que eran las mismas

las ceremonias y todas las circunstancias, al ménos en su esencia. Si entónces celebraba el pueblo aquella festividad en virtud de una ley que se le habia intimado pública y solemnemente, ahora celebra esta en virtud de otra inspirada por el mismo Dios, aunque en el interior de cada uno: si entónces celebraba la libertad que el Señor le habia concedido por ministerio de Moises, ahora sin conocerlo celebra otra libertad incomparablemente mas feliz y gloriosa, que proporciona á todo el género humano por medio de su propio Hijo. Libertad dichosa! libertad encantadora! Bendito sea el Hombre-Dios que se digna así favorecernos! ¡Bendito sea ese divino Mesías, que viene en nombre del Señor á sacarnos de la odiosa esclavitud de Satanás! ¡Bendito sea ese glorioso triunfador, cuya entrada en Jerusalem se celebra con tantas aclamaciones!

Reparád, amados hermanos míos, en esa multitud de palmas que se ofrecen á vuestra vista, y descubriréis en ellas el triunfo mas completo de nuestro divino Salvador, no contra los príncipes temporales, sí contra el orgulloso príncipe de la soberbia, á quien vence con las armas de la humildad y mansedumbre: *venit tibi mansuetus*. Fijád vuestra atencion en los ramos de oliva, y veréis significada en ellos la paz apreciable que se ofrece este dia, no solo al pueblo de Israel, sino á todos los habitantes del universo; porque en las dos bestias, madre é hijo, en las turbas que precedian y en las que iban en pos del Salvador, están representados los pueblos judío y gentil, ó lo que es lo mismo, todos los descendientes de Adán sin excepcion alguna. Atendéd á todas las ceremonias de este glorioso dia, y os venceréis de que está destruído el imperio de Lucifer, del pecado y de todo el infierno; llegaréis á conocer que este es el momento feliz en que se llama á todos á la posesion del reino mas abundante, mas poderoso, mas seguro, mas delicioso, mas incontestable; que á todos se convida con el perdon de sus delitos, con la gracia del divino Rey y con la herencia de su reino celestial.

Todo, hasta la mas mínima circunstancia tiene mucha significacion en este misterio. Los judíos aclaman á Jesus por su rey; le consideran como el rey mas fuerte, el mas desinteresado, el mas amante de sus vasallos, porque conocen que nada necesita, puesto que nada exige de ellos, sino su amor, su gratitud, y esto para poder derramar sobre ellos, sin derogar los

derechos de la justicia, los inmensos tesoros de su reino. Por eso dicen los profetas que viene precisamente para nosotros: *venit tibi*. Ah! ¡qué reflexiones tan edificantes pudiera yo hacer con san Agustin comparando estas concisas palabras con aquellas otras *bajulans sibi crucem* (1), si las circunstancias me dejaran el tiempo necesario! Pero me contentaré con deciros de paso y valiéndome de las palabras de este Padre, que el Rey supremo de los cielos, viniendo á este valle de miserias, solo busca para sí la prision, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, la hiel, los tormentos y la muerte, y trae la salud, la vida, la paz, la abundancia y la gloria de toda la eternidad, para repartirlas entre nosotros á manos llenas, de modo que cada uno reciba sin otra medida que su deseo: *venit tibi*.

Y es de admirar que en medio de un júbilo tan puro y universal solo el Salvador se manifiesta triste, como poseído de un agudo pesar, que no pudiendo ocultar en su corazon, se descubre exteriormente; sus ojos vierten copiosas lágrimas al ver la obstinada dureza de los judíos, aquella imprudente pertinacia que les hace repeler tan apreciables beneficios, que por lo mismo se convierten en males de la mayor consideracion. ¿Quién no conoce que esta sola prevision es mas que suficiente para acibarar el dulce placer que experimenta, viéndose tan festiva y gloriosamente aclamado por rey de todo el universo, cuando su venida tiene por objeto único y exclusivo el colmar de bienes á todos sus vasallos? *venit tibi*. Pero no digo bien; ni el regocijo es universal, ni solo Jesucristo padece interiormente en esta ceremonia. Los prodigiosos elogios que la plebe sencilla tributa al nuevo rey, son otras tantas saetas que traspasan el corazon de los escribas y fariseos, de los pontífices y demas interesados en perderle: se ven precisados á guardar el mas profundo silencio; no se atreven á manifestar el furor de que se hallan animados; se conducen en la apariencia como unos de tantos, como si creyeran la divina mision del Nazareno; tal vez sus lenguas, dirigidas por una fuerza desconocida, se moverán para bendecirle, y sus elogios se mezclarán con los de la plebe; pero en su interior le desconocen, le niegan, le juran un odio eterno, un horror que ni aún ha de acabar con la muerte.

(1) *Joann. c. 19. v. 17.*

Ah hermanos míos! ¡ cuánto mayor que la de estos es nuestra ceguera y locura, si desconocemos el sumo interés que nos resulta de la solemne aclamación de Jesucristo y de su glorioso triunfo! ¡ Cuánto más criminal nuestra ingratitud, si conociéndolo, presenciábamos con indiferencia su recuerdo, no tomando en él una parte muy activa! Nosotros sabemos lo que aquellos ignoraban: para nosotros ha descubierto la fe el denso velo que ocultaba á sus ojos la realidad, dejándoles solo percibir una debilitadísima y oscura sombra de tan interesantes misterios. Á pesar de todas las apariencias que rodean esta ceremonia, no obstante la pobreza, el abatimiento y la humildad, no nos es permitido dudar que nuestro amabilísimo Jesús, que verifica hoy su entrada en Jerusalén, es nuestro verdadero rey, nuestro redentor, nuestro juez, el Unigénito de Dios; tan infinitamente sabio, justo, poderoso, bueno y perfecto como su Padre, con quien y con el Espíritu Santo es el único Dios creador, conservador y dueño de cielos y tierra; un padre amantísimo en fin, que abrasado del más intenso amor hacia el hombre, viene á cortar de raíz todas sus miserias, y poner en posesión de todos los tesoros y delicias celestiales á cuantos quieran reconocerle con sinceridad, adorarle en espíritu y en verdad, y aprovecharse de su beneficencia.

Acompañémosle con el mayor regocijo; depongamos con generosidad á sus pies todo lo que pueda cebar nuestra vanidad y codicia; aclamémosle con toda la energía posible rey soberano de la tierra y de los cielos, de los hombres y de los ángeles; publiquemos llenos de confianza que aunque su propia morada es la inmensidad de los cielos, en que recibe sin cesar el homenaje y la adoración de tantos millones de millones de ángeles, se digna hoy precisamente, por nuestro amor y para nuestro provecho, presentarse en la tierra y ofrecerse para el sacrificio más aceptable á Dios y más interesante á nosotros; para aquel sacrificio, de que recibieron todo su valor y eficacia cuantos se le han ofrecido siempre; para el sacrificio que por una necesidad absoluta ha de apagar el fuego de la indignación divina, satisfacer abundantísimamente á su infinita justicia, reparar en su totalidad el honor y la gloria de su divina Majestad ofendida, y obtener para nosotros el perdón y la bienaventuranza; para el sacrificio de la cruz, de esa vara misteriosa, cuyo contacto hará que se abran seguramente para nosotros las puer-

tas del templo material, cerradas por el pecado, y nos franqueará la entrada en el de la inmortalidad, del mismo modo que el contacto de la vara de Moisés obligó á las aguas á retirarse y abrir en medio del mar paso franco á los israelitas para la tierra de promisión; para el sacrificio de la cruz, que nos proporciona en la mayor abundancia á todos los cristianos un alimento espiritual, incomparablemente más dulce y saludable que el maná y las codornices, que para sustento de los judíos envió el cielo á ruegos de Moisés; un alimento que nos asegura la vida por toda una eternidad. Si las venenosas serpientes...

Me olvido de lo que prometí al principio. Concluyo: cuanto las serpientes infernales son más terribles que las terrenas; cuanto es más duro y odioso el yugo de Lucifer que el de Faraón; cuanto son más sensibles los tormentos del infierno que los trabajos que oprimían á los hebreos en Egipto; cuanto son más apreciables y abundantes los tesoros y delicias del cielo que la fertilidad de la Palestina; cuanto excede la duración de la eternidad á la del momento, y la perfección infinita de Dios á la de sus criaturas, tanto debe ser mayor, más sólido, más religioso el júbilo con que debemos manifestar nuestro reconocimiento por el imponderable beneficio que viene á dispensarnos nuestro divino Salvador, que el que pudieran y debieran manifestar los judíos por los que el eterno Padre les concedió por el ministerio de Moisés. Detestemos la pérdida obstinación de estos, y mezclados con las turbas reconocidas, contribuyamos en cuanto nos sea posible á solemnizar el triunfo de Jesucristo, reconociéndole y confesándole por rey de Israel, el Mesías deseado en todos los siglos, por el redentor, salvador y glorificador del género humano, por el Dios único verdadero; y jurando sacrificar cuanto tenemos y somos, en obsequio de quien se ha sacrificado á sí mismo por nuestra eterna felicidad, bendigámosle en la tierra, para que él nos glorifique en el cielo. Amen.